

cinco en adelante, es en verdad encantador. Todo el mundo elegante que va á respirar el aire libre al Paseo del Pincio ó á la Villa Borghèse, hace paso forzosamente por el Corso. Allí, pues, el viajero tiene ocasión de ver reunida la sociedad de Roma, desde el Rey Humberto que en un ligero faeton va gobernando él mismo los caballos, y la hermosa y simpática Reina Margarita sonriendo majestuosamente á todos los que la saludan, reclinada en el testero de una soberbia carroza de ocho muelles, hasta las mujercillas que gustan de exhibirse en los coches de alquiler. Y entre estos dos extremos, ¡cuántos y cuán variados grupos ofrecen á la vista esas interminables hileras de carruajes que se extienden desde la plaza de Venecia hasta la del Popolo! ¡Qué lujo tan deslumbrador en los coches y en las libreas de los cocheros y en los arneses de los caballos! Y dentro de esos coches, que nunca van cerrados como se usa en los paseos de nuestras ciudades, ¡qué hermosura en las damas y cuánta elegancia y qué buen gusto en el vestir! Y nótese que las damas romanas visten en lo general con sencillez y se adornan moderadamente. Ya se ve, tienen como principal adorno el de su belleza que á la verdad no necesita de grandes atavíos para atraerse las miradas y cautivar los corazones. La mujer romana es el tipo ideal de la hermosura. Reune al severo clasicismo que inspiró las creaciones de Phidias y de Praxíteles, la expresión encantadora de las concepciones de Miguel Angel y de Rafael. La mujer romana está realizando todavía en bellísimo consorcio la perfección escultórica de la Grecia con el atractivo de la belleza meridional. Si no hubiese reunidos en los museos de Roma tantos y tan bien acabados modelos, que sirviesen como sirven á los escultores y pintores para formarse en la buena escuela del arte, les bastaría recorrer las calles de Roma, especialmente el Corso á las horas del paseo, para hacerse verdaderos artistas. No debe por lo mismo llamar la atención que en Roma hayan florecido los primeros genios del mundo en las artes. Con tan bellos modelos no se puede menos de ser artista.

CAPÍTULO SÉTIMO.

Iglesia de San Jacobo.—Mausoleo de Augusto.—San Carlos.—La *Via Condotti*.—San Lorenzo *in Lucina*.—El palacio Ruspoli.—Palacio Chigi.—Plaza *Colonna*.—La Columna de Marco-Aurelio Antonino.—La plaza de *Monte Citorio*.—El palacio del Parlamento.—El templo de Antonino Pío.—El palacio Schiarra.—San Ignacio.—El Colegio Romano.—El Liceo-Gimnasio *Ennio Quirino Visconti*.—La biblioteca Víctor Manuel.—Los museos.

NO podremos en nuestras excursiones seguir la dirección de las calles de la ciudad por donde vayamos atravesando, sin vernos frecuentemente en la necesidad de tomar á uno ú otro lado las vías transversales, para entrar en una iglesia, penetrar en el interior de un palacio ó visitar algún monumento. Desde luego así nos va á suceder en nuestro camino por la avenida del Corso. Advertidos por el guía de que en una de las calles que se abren á la derecha está situada la iglesia de San Giacomo (San Jacobo) y no distante se halla el célebre Mausoleo de Augusto, tenemos que voltear por esa calle y entrar primero en la iglesia.

Este hermoso templo es notable por ser una de las más bellas obras del arte moderno que se admiran en Roma. Fundado en 1338 por el Cardenal Jacobo Colonna, fué reedificado en 1600 por el Cardenal Salviati bajo la dirección de Francisco de Volterre y terminado por el celebrado arquitecto Carlos Maderno. En 1863 fué restaurado y embellecido con las hermosas decoraciones que tiene en la actualidad. Su forma es elíptica, las paredes y las bóvedas están cubier-

tas con preciosos frescos de la escuela italiana moderna. En una de las capillas, la segunda, se hace notar un bajo-relieve de M. le Gros, que representa á San Francisco de Paula pidiendo á la Santísima Virgen la curación de algunos enfermos: la ejecución de esta obra es de gran mérito á juicio de los maestros, pero la composición es algo confusa. En la capilla de enfrente hay una buena estatua del santo patrono, que se considera como la obra maestra del escultor Buzi. En el altar mayor hay un bello cuadro de Francisco Grandi que representa al Padre Eterno. Las otras capillas están adornadas con pinturas de buenos autores.

Saliendo de la iglesia no se puede retroceder al Corso, sin visitar antes lo que han dejado en pie los siglos del famosísimo Mausoleo de Augusto. Suetonio al describir los funerales del soberano, determina el lugar en que fué construida esta grandiosa tumba y fija la fecha en que fueron depositadas en ella las cenizas del César. Dice que fué edificada entre la Vía Flaminia en el sexto consulado, es decir el año 27 anterior á la Era vulgar. La magnificencia de este monumento era tal que rivalizaba con el Mausoleo que Artemisa consagró á la memoria de su marido y era reputado como una de las maravillas del mundo. Por lo que de él queda no se puede formar idea de lo que fué; pero Strabón, historiador contemporáneo al mismo Augusto y á Tiberio, nos ha dejado una bella descripción del monumento. Dice, que sobre un sub-basamento circular de mármol blanco se levantaba un montículo artificial cubierto de plantas y sombreado por árboles de constante primavera: sobre la cima se elevaba la estatua en bronce de César Augusto, y dentro del montecillo estaban las tumbas del César y de los individuos de su familia; detrás del monumento se extendía un gran bosque con paseos admirables y en medio había un recinto cercado por enverjados de hierro: la entrada estaba al Mediodía y se veía adornada con dos obeliscos de granito rojo, que fueron erigidos por el emperador Claudio.

No existe de todo esto sino el macizo del sub-basamento construido de toba: el revestimiento exterior de mármol ha

desaparecido. El diámetro actual es de poco más de cincuenta metros. Al rededor se ven todavía los vestigios de trece cámaras sepulcrales; la décima cuarta servía de entrada á la gran sala circular que estaba debajo del montículo y tenía sobre 130 pies de diámetro. La bóveda que cubría esta sala al derrumbarse formó una especie de terraplén al rededor del cual se construyó en el siglo pasado un anfiteatro que se empleaba en varios espectáculos, habiendo servido en algún tiempo de plaza de toros, diversión que prohibió el soberano Pontífice Pío VIII. Los obeliscos que adornaban la entrada del Mausoleo existen, uno en la plaza de Santa María la Mayor y el otro en la del Quirinal.

Retrocederemos ahora, para seguir nuestra marcha por el Corso, en donde nos detendremos á visitar la magnífica iglesia de San Carlos. Comenzada á edificar en 1612 bajo los planos de Honorio Longhi, fué continuada por su hijo, y la terminó Pedro de Cortona, quien hizo el dibujo de la soberbia cúpula, muy parecida á la de San Pedro. La fachada es muy posterior y la encontramos bella y elegante, aunque nos era conocida la opinión de los inteligentes á quienes ha parecido pesada y de exageradas proporciones.

En el interior se halla la iglesia repartida en tres naves separadas por hermosas pilastras corintias. La ornamentación general es de pinturas al fresco y estucos dorados, así en las paredes como en las bóvedas. De las capillas, la más suntuosa es la situada á la derecha del crucero: rica por los mármoles, los bronceos y las esculturas, ostenta sobre el altar un magnífico mosaico de la Purísima Concepción, copia del cuadro de Carlos Maratta que se halla en Santa María del Popolo. Dos bellas estatuas se ven á los lados, de excelentes autores, y representa á David la una y á Judith la otra. El altar mayor, que es de una belleza singular, tiene como principal adorno el magnífico cuadro del mismo Maratta, San Carlos Borromeo presentado á Jesucristo por la Santísima Virgen; pensamiento delicado y original que el artista ejecutó con gracia y maestría, y le hizo merecedor de la fama de que su pincel disfruta. No deberemos pasar desapercibidos

los frescos de la bóveda de la nave central que son muy bellos y fueron obra del acreditado Grandi.

Cuando visitamos esta iglesia, con motivo de una solemne función religiosa, hallábase adornada en el interior con vistosas colgaduras; llamando nuestra atención unos ricos cortinajes dobles de tela escarlata y tizú de oro con largos flecos, gruesos cordones y grandes borlas también de oro, que pendían de las cornisas de las arcadas de la nave principal. Tan bello adorno hacía resaltar la ornamentación arquitectónica del templo y le daba un aspecto verdaderamente majestuoso.

Saliendo de esta iglesia se recrea la vista con la hermosa perspectiva de la *Vía Condotti* que se prolonga hasta la plaza de España; descubriendo el bello frontispicio de Santa Trinidad del Monte, la soberbia escalinata que á esta iglesia conduce y el obelisco que se levanta erguido delante de la fachada. Esta calle es sin duda una de las más elegantes de Roma, y no puede el viajero recorrerla sin detenerse á cada paso delante de los aparadores de sus tiendas. Exhíbense allí los más preciosos artículos de la industria especial de los romanos; los artísticos mosaicos, los curiosos camafeos, las bellas reproducciones en fotografías, en pinturas y en pequeñas esculturas de las grandes obras que enriquecen los museos; los magníficos productos de la cerámica italiana, desde los célebres vasos etruscos y las afamadas porcelanas antiguas de Capodimonte, hasta las bellísimas figuras de *biscuit* representando escenas y tipos contemporáneos.

A la izquierda se abre la *Vía Fontanella di Borghèse*, por donde voltearemos para entrar en una iglesia, San Lorenzo in Lucina, venerable por su antigüedad, que se remonta al siglo V, y célebre por el cuadro de Guido Reni que la enriquece. Edificada en 435 por orden de Sixto III, fué restaurada en 685 por Benedicto II y un siglo después por Adrián I. Celestino III la hizo reedificar en 1196, y en 1606 la cedió Paulo V á los religiosos menores, quienes la restauraron entonces y recientemente la hicieron decorar, como hoy se encuentra, en 1858. A esta restauración última pertenecen las

pinturas del techo y los frescos de las paredes que son de muy bello estilo moderno.

Al acercarnos al altar mayor en donde se halla colocada la magnífica pintura, la cual está cubierta con un velo, bajaba del presbiterio un religioso á quien tomamos por el rector de la iglesia.

—¿Podría V. hacerme favor, le dijimos, de permitirme ver el cuadro de Guido?

—Con mucho gusto, nos respondió. É inmediatamente fué á descubrirlo.

Permanecemos un buen rato contemplando aquella magnífica representación de Cristo crucificado, en la cual no se sabe qué admirar más, si la perfección en la anatomía, ó la encarnación del colorido, si el relieve del claro oscuro, ó la naturalidad de la postura, ó la expresión del rostro moribundo.

Cuando en una iglesia de Roma, en donde se tiene el arte en tan gran estima, se contempla una de esas obras colosales del genio humano figurando en el sitio principal, asalta la duda de si la iglesia se hizo para colocar la pintura ó esta para adornar la iglesia. Dominados por este pensamiento, y sin tener todavía noticia acerca del origen de aquel templo, no pudimos menos de preguntar al religioso.

—¿Esta iglesia se hizo para este cuadro?

—No, señor, nos respondió. Muchos siglos antes de que naciera el autor del cuadro existía la iglesia.

Nos refirió en seguida el origen de esta, las transformaciones que ha sufrido, los nombres de los arquitectos que la edificaron, la restauraron y la embellecieron, los de los religiosos que han contribuido á ponerla en su estado actual, y contrayéndose á la historia del cuadro, agregó:

—Esta pintura pertenecía á la marquesa de Angelelli, quien la legó á la iglesia. El altar en que se halla colocada sí fué hecho expresamente para el cuadro, habiéndose encomendado su construcción al arquitecto Rainaldi. El croquis original de esta pintura se halla en Frascati en la iglesia de los Capuchinos.

Con esto venimos á descubrir que si no el templo, un bello altar había sido construido por mano de artista para dar colocación digna á la obra maestra del gran pintor boloñés.

Y no habría parecido extraño que la iglesia hubiese sido edificada expresamente con ese objeto; porque no es raro en la ciudad de las bellas artes que para colocar una de esas gigantescas producciones del genio se construyan elegantes rotondas, como la que encierra la Venus capitolina en el Capitolio y la que guarda la célebre *Bige* en el museo Chiaramonti en el Vaticano.

Hay en esta iglesia sepultados algunos artistas, y nuestro guía nos hizo notar entre sus tumbas el monumento que Chateaubriand mandó construir en honor del celebrado Poussin, pintor romano del siglo XVII: tiene un bajo-relieve que representa el descubrimiento del sepulcro de Safo en la Arcadia, asunto que fué desempeñado por el artista en uno de sus mejores cuadros.

Todo lo que en tierra extranjera nos recuerda á la patria, llama justamente la atención del viajero, y excita sus más vivas simpatías. Cuando salimos de San Lorenzo *in Lucina*, consultando el plano que nos guiaba en nuestras excursiones, vimos marcado en la esquina de la calle de la Fontanella dando vuelta de nuevo para el Corso, el palacio *Ruspoli* que sirvió de alojamiento en épocas anteriores á la legación mexicana. Esto nos hizo mirarle con interés; que no le habríamos visto nunca con indiferencia, porque su estilo severo y sus robustas formas hacen detener á examinarle al que pasa delante de su grandiosa fachada. No pudimos resistir al deseo de visitarle por el interior y penetramos en el patio. Dijonos el conserje que estaba ocupada la habitación y nos conformamos con ver la magnífica escalera de mármol blanco de Carrara con escalones de una sola pieza, de tres metros de largo, que según se nos informó alcanzan al enorme guarismo de 115. Dijosenos que en el primer piso hay una buena galería de pinturas.

Tomando nuevamente la vía del Corso en la dirección del Mediodía, sorprende al viajero la bella apariencia exterior de

un magnífico palacio de noble arquitectura, aunque su estilo no sea precisamente elegante y puro. Es el palacio *Chigi* comenzado bajo la dirección del afamado La Porta y concluido por Carlos Maderno. Un grandioso vestíbulo da entrada al extenso y hermoso patio en el cual se descubre la gran escalera que conduce á las galerías y á las habitaciones.

Un hombre de elevada estatura y hermosa presencia, vestido con lujoso uniforme y un enorme bastón en la mano, hallábase de pie en el vestíbulo. Era el conserje. Nos acercamos á él solicitando su permiso para visitar las galerías.

—Las galerías, nos dijo, están cerradas para el público, por hallarse en compostura.

—¿Y no sería posible obtener un permiso especial para un extranjero?

—Los señores se hallan en el campo, y no hay en casa á quien pedirlo.

Con semejante respuesta no debíamos insistir en nuestra pretensión y nos salimos con el disgusto de no visitar este palacio. Antes de salir nos detuvimos delante de un hermosísimo perro de mármol gris que se halla en el primer descanso de la escalera, muy parecido en la forma y el trabajo á los que adornan la entrada del departamento llamado "Sala de los animales," en el Vaticano. Lamentamos muchísimo que la circunstancia de estar cerradas las galerías nos hubiese privado de contemplar las magníficas obras que las enriquecen, de Guercino, del Caravaggio, de Albano, del Ticiano, de Salvator Rosa, del Domeniquino, de Nicolás Poussin, de Guido Reni, de Anibal Carracci, en la pintura, y del Bernini y otros grandes artistas en la escultura.

No sentimos menos dejar de visitar la biblioteca, que es fama contiene una gran riqueza en manuscritos antiguos tan preciosos como un Dionisio Halicarnasio, del siglo IX, é impresiones incunables del siglo XV, y documentos históricos tan interesantes como los relativos al tratado de Westfalia, coleccionados en veinte volúmenes.

El palacio Chigi ostenta en el exterior una doble fachada, la principal que se halla en el Corso y á la vuelta la que mi-

ra á la magnífica plaza *Colonna*, en donde nos encontramos á la derecha á pocos pasos de haber salido de dicho palacio.

La Plaza *Colonna* está limitada por cuatro hermosos edificios; el que llevamos mencionado, al Sur; el llamado Nicolini, al Norte; el Piombino, por la vía del Corso, y el en que se hallaba establecida antiguamente la Posta, al Oriente. Este último es el más hermoso y elegante, á la vez que el más rico en la fachada, la cual está revestida de mármol y en el piso inferior ostenta un soberbio pórtico con bellísimas columnas corintias, también de mármol.

Hállase formada esta plaza en el sitio que ocupó una parte del *Fórum* de Antonino Pío, y toma su nombre de la soberbia columna que en su centro se levanta, y fué erigida por el senado y el pueblo en honor de Marco Aurelio Antonino por las victorias que alcanzó en la Germania. Cubierta de arriba abajo con bajos-relieves en espiral, que representan asuntos relativos á esas victorias, está desmintiendo la inscripción moderna que fué grabada en el pedestal, expresando haber sido erigida en honor de Antonino el Píadoso. Entre los episodios que allí se miran esculpidos, es notable la representación de un hecho maravilloso; la lluvia que una legión cristiana alcanzó de Dios cayera sobre el enemigo, decidiendo el triunfo de los romanos. El paganismo atribuyó este prodigio á Júpiter *Pluvius*, y así lo expresó el buril del artista, contra el asentimiento de historiadores de aquella época, que reconocen fué debido á las oraciones de los cristianos. Sobre el capitel de la columna estuvo colocada la estatua de Marco Aurelio.

De orden dórico la columna está compuesta de 28 *blocks* de mármol blanco: taladrada por el interior se sube á la cúspide por un caracol de 190 escalones, y está alumbrada con 41 ventanillas. Su diámetro es de 3m. 69 c. y su altura total, comprendida la estatua, es de 44m. 15 c.

Mucho sufrió en los incendios de Roma y en las diversas invasiones de que fué teatro la ciudad. El soberano Pontífice Sixto V, á quien se debe la conservación y reparación de muchos de los más importantes monumentos antiguos, la hizo

restaurar, bajo la dirección de Domingo Fontana, colocando sobre ella la estatua de San Pablo en bronce dorado.

Las proporciones arquitectónicas de la columna son objeto de la crítica de los inteligentes: no tiene razón de ser esta crítica en cuanto al primitivo origen de la erección del monumento, porque recientes excavaciones han hecho descubrir que cuatro metros del antiguo pedestal se hallan cubiertos en el piso. Levantada á esa mayor altura la columna, serían irreprochables sus proporciones.

Antes de proseguir nuestra marcha por el Corso, debemos llegar á la plaza de *Monte Citorio* separada de la que acabamos de describir por una calle de corta extensión. En medio de esta plaza se eleva la elegante aguja, llamada comunmente *Obelisco solar*. Erigida en Heliópolis por Psamético I, cuyo nombre se encuentra repetido entre los geroglíficos que tiene esculpidos, fué transportada á Roma por Augusto, quien la hizo colocar en el Campo de Marte, en donde sirvió de *gnomon* á un gran cuadrante solar incrustado en el pavimento sobre planchas de bronce.

Este monolito fué encontrado el año de 1748 bajo el pontificado de Benedicto XIV en *Largo dell'Impresa* en donde todavía se lee una inscripción que indica el sitio en que fué descubierto. Sacado de la profundidad en que estuvo metido, permaneció muchos años al nivel del suelo, hasta que Pío VI lo hizo trasladar á la plaza en que hoy se halla y fué erigido en 1789.

Es de granito rojo y mide 21 metros 80 centímetros de elevación, sin el pedestal moderno, que es también de la misma piedra y tiene de altura 4m. 17 c. El pedestal descansa sobre un doble zócalo de mármol blanco de cerca de tres metros. Remata el monumento con un globo y una arista de bronce que hizo poner el mismo Pontífice.

El edificio principal en esta plaza es el palacio llamado de *Monte Citorio*, obra de ese fecundo y poético genio, el Bernini, que llenó á Roma de grandiosos edificios y soberbios monumentos. Se cree que fué trazado este magnífico palacio sobre las ruinas del anfiteatro de *Statilius Taurus*. El Ber-